

C. M. BOWRA. *The Greek Experience*. Edit. Weidenfeld and Nicolson, seg. imp., London, 1958, 214 pgs.

Cecil Maurice Bowra, nacido en 1898, es un helenista británico. Entre sus obras están: *The Oxford Book of Greek Verse in Translation*, *Greek Lyric Poetry*, *Heroic Poetry*, *The Heritage of Symbolism*, *The Romantic Imagination*, *Problems in Greek Poetry*.

La presente obra, dedicada a Cyril Connolly, consta de un prefacio, diez capítulos y sesentaidós páginas de fotografías —con vasos, esculturas, monedas y templos de Grecia antigua—. Prefacio (pgs. xiii-xiv): el autor advierte que no se trata de dar una imagen integral de los griegos, sino, más bien, de señalar las características más esenciales de su cultura. Capítulo I, *La Unidad de los Griegos* (pgs. 1-19): se distingue entre una Grecia histórica y una Grecia perenne, indicando la dificultad de reconstruir la unidad griega. Para ello se hace un examen de carácter geográfico —sobre todo, de la luz intensísima de tal paisaje—. La cual, a juicio del autor, se refleja en la claridad intelectual de la lengua y la cultura griegas. La heterogeneidad de las instituciones griegas tienen, además, una recóndita unidad: el triunfo del equilibrio de sus fuerzas, notable en la unión de lo tradicional con lo nuevo. Capítulo II, *La Perspectiva Heroica* (pgs. 20-41): se estudia la época heroica griega —tan tratada dentro de la clasificación de la historia antigua de E. Meyer, en su obra clásica—. Micenas y, primordialmente la esfera del pensamiento homérico. Según el autor, ya, desde allí, es el hombre el elemento real destacado (espe-

cálmente en el sentido heroico del valor). Se hace una gran fuerza en el carácter masculino que predomina en la cultura griega. Capítulo III, *Los Dioses* (pgs. 42-64): hay algo decisivo en los griegos, la idea de que aunque los dioses poseen figuras humanas, media una enorme diferencia, para ello se trae un texto —diciente— de Píndaro. Luégo se muestra cómo la religión griega fue pasando del individuo y la familia hasta el estado-ciudad. Capítulo IV, *Ciudad e Individuo* (pgs. 65-84): un vasto trabajo sobre el concepto de la *polis* griega, considerada como centro natural de la unidad social, es el sentido decisivo de este Capítulo. Se estudian las varias formas de gobierno: oligarquía, democracia, monarquía, concluyendo que la libertad griega es imposible de concebir sin la ley, y que sólo en una mutua relación pueden realizar su destino. Capítulo V, *El Hombre Bueno y la Vida Buena* (pgs. 85-102): aquí el autor realiza un amplio análisis de los valores morales propios del hombre bueno, como de la vida buena: coraje, temperancia, justicia, sabiduría, etc. Todos ellos armónicamente conjugados en la persona humana. Lo que busca el autor es mostrar cómo, para los griegos, junto a los dioses existió el concepto de responsabilidad humana —inexorablemente—. El griego creyó no sólo que el hombre bueno es feliz sino, también, que el hombre feliz tiene que ser bueno. Capítulo VI, *Mito y Símbolo* (pgs. 103-122): el mito griego fue sometido allí, a un proceso de cierta racionalización. No tuvo, únicamente, un aspecto ritual; poseyó, igualmente, un elemento cosmológico y dramático. En la educación, desempeñó el mito un papel considerable. Por otra parte, el símbolo —pleno de significaciones— no es producto emocional solo; hay, también, una zona intelectual. En los trágicos griegos, estudia el autor tales cuestiones. Pasa, luégo, a los escultores, y se detiene en la filosofía de Platón. Se afirma, muy categóricamente, cómo los mitos griegos no se quedaron en la simple esfera del arte; alcanzando a la vida griega en sí misma. Capítulo VII, *Imaginación y Realidad* (pgs. 123-144): es un Capítulo consagrado a la estilística de la poesía griega. El autor cree que lo decisivo, en esta cuestión, es la capacidad helénica para resaltar un acontecimiento, sacándolo de lo meramente ordinario y transfigurándolo a través de la belleza. Capítulo VIII, *La Visión Plástica* (pgs. 144-164): se relaciona este aparte con el anterior. Se cita una hermosa frase de Simónides, según la cual: “La pintura es una poesía silenciosa y la poesía una pintura que habla”. Se extiende a la escultura, forma que, con la pintura y la poesía es un instrumento del griego para “maravillarse ante la belleza del mundo”. Capítulo IX, *El Lugar de la Razón* (pgs. 165-185): mientras que los griegos emplearon en sus comienzos la poesía, la plástica y la escultura —como modo de trascender al orbe—, fue en la sexta centuria a. J., cuando empezaron a usar un lenguaje racional: nace la filosofía en Jonia. Primero habían sido las matemáticas, y posteriormente a la propia filosofía, las ciencias. Tres géneros vinculados, íntimamente, a la verdad. Capítulo X, *Epílogo* (pgs. 186-202): se estudia la decadencia de Grecia, la época de Alejandro. De un balance certero, el autor concluye avaluando lo perenne de los griegos: su vocación por ver las cualidades divinas que reposan en los hombres.

Hay algo capital en esta obra: el autor se enfrenta exclusivamente a los textos de los clásicos griegos. Por ninguna parte se alude a helenistas europeos, sea del Renacimiento o del mundo actual. Se tiene la impresión clara de haberse pensado este libro en un diálogo con Grecia, donde no media nadie. Sólo una autoridad como Bowra, espíritu refinado en el campo de la poesía, ha podido hacer esta aventura, sin caer en un amaneramiento.